

TESIS, HISTORIA Y FABULA EN LA CRONICA DE PEDRO PIZARRO

Francisco Carrillo.

Consciente o inconscientemente todo expositor afirma algo que va íntimamente unido a sus creencias, prejuicios, deseos, esperanzas. Lo que afirma en su tesis, su ideología. El novelista, el dramaturgo, el poeta —y el ensayista, por supuesto— desarrollan tesis en sus exposiciones y metáforas. Y cuanto antes el lector descubra estas tesis tanto más coherentes será la comprensión del mensaje total del escritor y esto es más importante si el escritor representa o se identifica con una corriente o un grupo de poder. Por ejemplo, una de las tesis de Arguedas es que el indio peruano debe adaptarse al mundo occidental sin perder sus virtudes indias; otra es que el indio es fuerte y puede vencer cualquier obstáculo; otra es expresar su deseo de que en las luchas económicas entre el indio y el blanco “no haya rabia”. Una tesis clarísima de Ciro Alegría es la siguiente, expresada principalmente en *El mundo es ancho y ajeno*: el gamonal, y sus aliados gobernantes y jueces, destruye las comunidades de indios y con la comunidad destruye todas sus virtudes. Para Clorinda Matto de Turner la civilización, la bondad y el progreso están en la ciudad; la maldad es de los poderosos del campo. Para González Prada en el Perú donde se pone el dedo. . .

Los cronistas son hombres de partido. Escriben con un propósito guía, con tesis, y esta tesis va con pasión. Acomodan sus anécdotas e historias, las tuercen, para hacerlas coherentes con sus creencias, con sus prejuicios. Para Hernando Pizarro, él, su hermano Francisco en especial, y todos los españoles fueron, los portadores de la civilización y la libertad; en cambio, Atahualpa significaba la crueldad y la opresión. Para Bernal Díaz del Castillo el simple soldado es el héroe de la conquista y el capitán un mero coordinador de esfuerzos: López de Gómara piensa que el haber traído un Dios, una fe y un bautismo, y haber quitado la idolatría y los sacrificios humanos a los indios, valen más que “las perlas, ni la plata, ni el oro” que les han tomado, expresando así una tesis de intercambio de valores que perdurará por siglos. Una tesis secundaria de Gómara es mostrar una supuesta superioridad de Hernán Cortés sobre Francisco Pizarro de quien dijo que era un criador de chanchos; y así, unos cronistas defienden a Almagro, otros a Pizarro o al gobernante que los subvenciona. Estos encargos se traducen en tesis. Para Guamán Poma de Ayala el mundo peruano de su época es un caos que ha interrumpido un orden milenario: ve él, y describe, un desorden de autoridad

des y razas, abusos, robos. “No hay remedio” dice constantemente y dibuja el orden antiguo y el desorden de su tiempo a manera de holocausto; y sugiere un orden basado en pureza de razas, en la tradición, bajo el gobierno del Rey español, un Inca colonial, siguiendo el signo cristiano que él cree puro en esencia. Para Sarmiento de Gamboa el Imperio Incaico está regido por intrigas de corte, por crueldades; para Garcilaso el Imperio Incaico era el gobierno de la equidad y dulzura. Pero Garcilaso, por cierto, es mucho más complicado, como lo es Vallejo. Las tesis de Garcilaso se entrecruzan hasta llegar a la ambigüedad y la sorpresa: la calidad humana se hereda pero también cada uno es hijo de sus obras; el imperio incaico se entregó ante una religión superior pero ésta no se está desarrollando dignamente; el indio, el mestizo, el blanco del Perú viven en un mundo de rencor, dolor e injusticia; y hay en todo un caos de orden espiritual.

Ahora bien, el cronista desarrolla sus tesis a través de historias, leyendas, anécdotas. Lo que ve, oye o lee pasa por el tamiz de lo que cree o quiere demostrar. Su propia vida, sus hechos, los ejecuta y los interpreta a través de su ideología, o los oculta en función de ésta. O los tergiversa. Con más frecuencia los tergiversa. Los hechos narrados tienen un mínimo de verdad y un máximo de interpretación y tergiversación, y, por supuesto, también los inventa cuando no tiene a mano los que necesita. En las primeras crónicas peruanas hay un “hecho histórico” que sufrió diferentes interpretaciones en la pluma de diferentes cronistas: el episodio de los patos desollados. Estando los españoles en camino hacia Cajamarca, Atahualpa mandó con sus embajadores unos patos desollados para ser presentados al capitán de los invasores. A estos patos desollados diferentes cronistas dan diferentes interpretaciones. Para Cristóbal de Mena “significaba que así avian de dessollar a los christianos”¹. Diego de Trujillo, tan inventor de fábulas como Mena, coincide con esta interpretación pero es más explícito: el capitán del Inca.

“traxo un presente al Gobernador que se le envió Atabalipa que estaba en los baños una legua de Caxamalca, y el presente eran unos patos desollados y llenos de lana, que parecían añagazas para matar a siones; y preguntándole que era aquello respondió, y dixo, dice Atabalipa que de esta manera os ha de poner los cueros a todos vosotros, si no le volveis quanto aveis tomado en la tierra”²

Francisco de Jerez, el cronista oficial de Pizarro, es más sobrio en el significado que da a este episodio:

“Con el capitán vino un indio principal con otros algunos, y dijo el capitán que aquel indio había venido con cierto presente para el Gobernador; este mensajero dijo al Gobernador que su señor Atabalipa le envía desde Caxamalca para le traer aquel presente, que eran dos fortalezas a manera de fuen-

1. Cristóbal de Mena, *La Conquista del Perú en Las Relaciones Primitivas de la Conquista del Perú* de Raúl Porras B., Lima, Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1967, p. 81.
2. Diego de Trujillo, *Relaciones del Descubrimiento del Reyno del Perú*, en Biblioteca Peruana, Primera Serie, Tomo II, Lima, Editores Técnicos Asociados S.A. 1968, p. 21.

te, figuradas en piedra, con que beba, y dos cargas de patos secos desollados, para que, hechos polvos, se sahume con ellos, porque así se usa entre los señores de su tierra; y que le envía a decir que él tiene voluntad de ser su amigo, y esperalle de paz en Caxamalca”³

Y para Miguel de Estete se trata de un “cierto presente, que los señores usan unos a otros, cuando se envían a saludar”⁴. Años después, en España, Juan Ruíz de Arce solo recuerda que el Inca les había enviado “un mensajero a decirnos que nos diésemos prisas, que Atabalica nos estaba esperando con mucha comida e con mucho oro y plata”⁵. Lo probable es que hubo un envío del Inca, lo que este envío significaba quedó a la interpretación de los soldados y cronistas, de acuerdo con sus temores deseos o tesis. Porque los conquistadores iban interpretando a su manera los hechos de la conquista. Pedro Pizarro, como todo español obsesionado por el oro, nos cuenta algunas anécdotas que ilustran estas obsesiones. En la isla de Puná, por ejemplo,

“se hallaron tres yndias que auían sido criadas de los dos españoles que dije se quedaron en esta tierra, llamados Morillo y Bocanegra, quando el Marqués don Francisco Pizarro la descubrió y fué a España a pedir la gouernasión. Entre la rropa/ destas se halló un papel pequeño escrito, en que dezía el Bocanegra: “A los que a esta tierra uiniéredes, saued que hay más plata y oro en ella que hierro en Vizcaya”. Leído este papel, la más gente creyó —y lo dezían públicamente— ser echado del Marqués don Francisco Pizarro adrede para animar la gente, porque benían muy descontentos en no auer hallado otro Quaque”⁶.

Y así los soldados van haciendo las anécdotas e interpretaciones que después los cronistas recogen. Una obsesión subraya un hecho, lo agranda, lo considera memorable. O lo inventa. Entre cuento y leyenda Garcilaso narra un suceso que casualmente muy bien se adapta de una de sus tesis. Es el cuento de la lora que sabía más que un psicólogo o sociólogo moderno:

“En Potocsi, por los años de mil y quinientos y cincuenta y cuatro y cincuenta y cinco, hubo un papagayo, de los que llaman loro, tan hablador, que a los indios e indias que passavan por lá calle les llaman por sus provincias, a cada uno de la nación que era, sin errar alguna, diziendo Colla, Yunca, Huairu, Quechua, etc., como que tuviera noticia de las diferencias de tocados que los indios, en tiempo de los Incas, traían en las cabeças para ser conocidos. Un día de aquéllos passó una india hermosa por la calle do el papagayo estaba; iba con tres o cuatro criadas, haziendo mucho de la señora Palla, que

-
3. Francisco de Jerez, *Verdadera Relación de la Conquista del Perú y Provincia del Cuzco llamada la Nueva Castilla*, en Biblioteca Peruana citada. p. 212 del Tomo I.
 4. Miguel de Estete, *Noticia del Perú*, Ibid, p. 367.
 5. Juan Ruíz de Arce, *Advertencias*, Ibid, p. 420.
 6. Pedro Pizarro, *Relación del Descubrimiento y Conquista del Perú*. Cito de la magnífica edición preparada por Guillermo Lohmann Villena, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1978. Edición, Consideraciones Preliminares de G.L.V. y nota de Pierre Duviols, p. 18.

son las de la sangre real. En viéndola el papagayo, dió grandes gritos de risa, diciendo “ ¡Huairu, Huairu, Huairu!”, que es una nasción de gente más vil y tenida en menos que otras. La india passó avergonsada por los que estavan delante, que siempre havia una gran cuadrilla de indios escuchando el páxaro; y cuando llegó cerca, escupió hazia el papagayo y le llamó cúpay, que es diablo. Los indios dixerón lo mismo, porque conoció la india, con ir disfrazada en hábito de Palla”⁷.

La tesis que está ilustrando Garcilaso es una que le hiere en lo íntimo: en el mundo peruano de su época se están perdiendo las que él considera justas jerarquías.

Los cuentos cómicos, los chistes de los cronistas, llevan la misma carga ideológica que los cuentos o leyendas. Así Diego de Trujillo le inventa al Embajador del Inca un cuento cómico que más de un historiador se ha tomado en serio:

“y de allí fuimos caminando con cuidado, porque avía una quebrada a donde Atabalipa quiso inviar gente a que allí nos matasen, y dejolo de hacer, porque el Inga que venía con nosotros le dixo no envíes vengan que yo te los daré a todos a todos, porque a mí solo me han miedo, y también porque no has de matar a tres de ellos, que eran el herrador, y el Barbero, que hazía mozos a los jóvenes, y a Hernando Sanchez Morillo, que era gran bolteador y como el Inga nos conocía a todos djíole esto”⁸

Los chistes políticos actuales, que son un sistema de defensa o ataque contra los poderosos, tienen antiguo ancestro en las crónicas.

El lector de crónicas que quiere encontrar historia a través de ellas debe, pues, cuidarse del anecdotario, de la fabulación, de las bromas del cronista. El cronista no es historiador porque el Rey o el Conquistador lo haya nombrado como tal, o porque él espontáneamente lo afirme o lo crea. El cronista es un hombre de tesis, un inventor que en el mejor de los casos, estira, atrae ciertos hechos al radio de luz que le da su obsesión. Bajo la tesis de la crueldad de Atahualpa —cuya antítesis es la bondad de Francisco Pizarro— se han inventado leyendas que a menudo pasan a los textos de historia (por supuesto, cuando pasan a los textos de historia se persiguen los mismos propósitos de tergiversación de los cronistas). Las cabriolas de Hernando de Soto ante la impasibilidad de Atahualpa y el terror de los indios es una leyenda que sirve para señalar “la crueldad” con que el Inca castigaba a sus vasallos. En esta línea están el episodio del vaso de oro en que Atahualpa bebía, vaso incrustado en la cabeza de su hermano vencido⁹, y el contado por Pedro Pizarro que marca el supuesto cinismo del Inca:

“Llegado pues Almagro y la xente ya dicha, el Atahualpa se turbó y entendió que auía de morir, y un día, estando comiendo con el Marqués, le pre-

7. Cap. XXI, Libro Octavo, *C.R.*

8. Cit, p. 21.

9. Mena, p. 90. Porras, en la nota 49 a su edición de Mena, hace, sobre el mismo tema, referencias de otros cronistas.

guntó que cómo auía de rrepartir los yndios entre los españoles. El Marqués le dixo que auía de dar un caçique a cada español. Atauarpa dixo si los españoles auían de estar cada uno con su caçique. El Marqués le dixo que no, sino que auía de hazer pueblos donde los españoles estuuiesen juntos. Oydo esto, Atauarpa dixo: “—Yo moriré: quírote dezir, apo, lo que an de hazer los cristianos con estos yndios para que se puedan seruir dellos: si a algún español dieres mill yndios, a de matar la mitad para poderse servir dellos”¹⁰

El cuento, que proviene de una supuesta conversación entre Atahualpa y Francisco Pizarro, inicialmente difundido por el mismo Pizarro o por algún improvisado testigo y “traductor”, prendió entre los conquistadores y tuvo difusión. Fray Reginaldo de Lizárraga (1545-1615) lo cuenta y lo comenta 70 años después de tal manera que podemos apreciar cuán exitosos son los oyentes o historiadores posteriores que profesaron similar ideología a la del inventor.

“Acuérdome de haber oído decir a algunos antiguos, que cuando Atabalipa, el último señor de estos reinos, se vio preso en poder del marqués don Francisco Pizarro, le dijo: “El mejor reino tienes del mundo, pero cada tercer año, si te han de servir bien estos indios, has de matar la tercera parte de ellos”; el consejo no lo alabamos, porque es cruelísimo, el cual ni se aceptó ni se ha de aceptar, sino comprobamos el ánimo servil de éstos, que si no es por miedo no se aplican a cosa de virtud; para malicias son vivísimos”¹¹

La tesis explícita en el cuento es aceptada por los que van hacer terrorismo contra los indios: los primeros conquistadores, los religiosos extirpadores de idolatrías y los gobernantes peruanos hasta el presente. Fray Lizárraga ve en las borracheras de los indios el mayor mal del Perú y la solución es el castigo:

“como les faltó el rigor y castigo del Inga, facilísimamente se vuelven a sus malas costumbres e inclinaciones y borracheras, y no hay otro Dios sino su vientre, y mientras no se les castige con mucho rigor, no se espere enmienda, sino su total disminución y destrucción, y lo mismo, aunque no tanto, en los indios de la Sierra”¹².

Voluntad de Historia

Pero hay en el cronista en general una seria voluntad de hacer historia. Tiene un concepto de lo que es historia, muchas veces se rige por una definición y se separa de otros cronistas que no saben hacer historia; y se engeuse en su ideología. Así, Pedro Pizarro tiene voluntad de hacer historia pero no en el sentido de hacer investigación. Principalmente él relata hechos, expone hechos de su experiencia, hechos singulares porque él está entre los que van haciendo la historia. Y sus hechos son verdaderos porque él los ha vivido o porque él es testigo presencial. Escribe en su dedicatoria al Rey:

10. Cit. p. 60.

11. Fray Reginaldo de Lizárraga, *Descripción Breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, Madrid, B.A.E. Tomo ducentésimodiecimosexto, 1968, p. 98.

12. *Ibid.* p. 45.

“Muchos son, católico y clementísimo Príncipe, los que an escrito las cosas destos vuestros rreynos del Pirú, así lo de la conquista dellos, como de las cosas aconteçidas después que se poblaron de vuestros vasallos; más como los escriptores no escriuen lo que vieron, sino lo que oyeron, no pueden dar clara ni berdadera notiçia de lo que escriuen, y así yo, el menor de vuestros vasallos, acordé de sacar a luz lo que hasta ora a estado oscuro y en tinieblas, como persona que se a hallado en estas prouinçias desde el prinçipio de la conquista hastal fin, y después en todos los çusesos baríos que a visto” (pág. 1).

Estas son sus primeras líneas. Y en las últimas se reafirma:

“Todo lo que aquí ba escripto/ansí y es berdad, sin añadir ni componer cosa alguna. E osado escreuir esta ystoria porque los que me conoçen sauen ser yo amigo de berdad, y que la trato siempre, y así ba aquí todo lo que ba escripto con toda berdad” (pág. 262).

Y arremete contra otros cronistas deshonestos que reciben 200 ó 300 ducados para poner a ciertas personas “muy adelante en lo que escreuían” (pág. 211), en especial contra Cieza quien ha querido hacer una crónica “de oydas, y creo yo que muy poco de vista” (pág. 211).

Ser testigo y ser honesto son dos condiciones básicas que los cronistas se asignan. A ellas se puede agregar la necesidad de oír, quizás preguntar a otros testigos porque lo que han visto tiene que completarse con lo que no han visto, y porque tendrá que hacer referencias al pasado. “Esto hasta aquí digo de oydas, y lo demás de vista, y algunas cosas de oydas, porque es ymposible poderse hallar en todas partes uno” nos escribe al final del capítulo primero (pág. 6). Y, efectivamente, pone “dizen”, “dezían” ante hechos que le son algo lejanos. El cerco de Lima, por ejemplo, paralelo al cerco del Cuzco, lo reduce a pocas líneas y lo pone en lejanía “ydos a Lima, dizen que pusieron cerco y estubieron sobre ella algunos días” (pág. 141). En cambio, el cerco del Cuzco, en el que él tiene destacadísima actuación, le merece capítulos enteros, episodios pormenorizados. Por lo pronto, entonces, su voluntad de historiar la verdad lleva un germen de desequilibrio. Por otro lado, su selección de hechos, su fabulación y omniencia darán mayor duda a su verdad.

Leyes que enmarcan la historia

Detrás de los hechos que narra hay, sin embargo, leyes que ordenan, que enmarcan el proceso histórico, leyes que el cronista acepta y defiende consciente o inconscientemente. Estas leyes se imponen y exigen otras leyes complementarias; y todas estas leyes sufren a menudo las amenazas de quienes se quieren poner al margen de ellas. La más cómoda entre los cronistas es la ley de la Providencia, la Providencia Divina que va determinando los hechos, que incluso los ha previsto por siglos atrás. Atahualpa pudo “con la terçia parte de la gente que tenía” destruir a los españoles, pero no lo hizo: “Hordenólo Nuestro Señor así porque fué seruido que en esta tierra entrasen cristianos” (pág. 31). En el cerco del Cuzco la situación de los españoles es muy apremiante. Los indios ya están

avisados porque “un yndio podía más que un español de a pie” pero “usó Nuestro Señor con nosotros de su misericordia de librarnos de tanta gente y tan mala tierra para podernos aprovechar dellos” (pág. 125). La Providencia, con Nuestro Señor su mano ejecutora, hace algo más concreto que ampliar la religión: define la explotación de los indios por los españoles. Y ciega a los indios (pág. 129). Apaga a los fuegos (pág. 140), etc. Después de las batallas los invasores agradecen a Nuestro Señor (pág. 40) en lo posible con una misa jubilosa. Y la Providencia es tan amplia que ha preparado el terreno entre los indios mucho antes de la llegada de los españoles al Perú:

“Aquérdome oyr dezir a un orejón señor de los desta tierra, que antes diez años, poco más u menos, que los españoles entrásemos en ella, Aporima, un ydolo que estos yndios tenían doze leguas del Cuzco, con que hablauan, auía mandado que se juntasen los señores todos, que les quería hablar, y juntos, les dixo: “—Auéis de sauer/ que uiene una gente barbuda que os a de sojuzgar; éos querido dezir esto por que comáis y bebáis y gastéis todo lo que tenéis, porque cuando aquellos bengan, no hallen nada ni tengáis que les dar”. Esto me contó, como digo, un orejón viejo, que lo auía él mismo oydo” (pág. 241).

Por eso, un indio de Túmbez muy al principio de la conquista se entregó afirmando que los españoles “lo auían de conquistar todo” (pág. 22). Este aspecto de la Providencia, el que preparó el terreno de la conquista entre los indios, ha logrado penetrar hasta en la crónica indias más depuradas. Véase la lista minuciosa que ofrece León Portilla a través de las crónicas indias de México para calar con qué sutileza los curas españoles supieron infiltrarse en el pensamiento de los historiadores indios. El requerimiento y su implementación que con todas sus burlas y veras cada cronista relata no es sino el sello burocrático y visible de la historia que Dios está guiando. Para Pedro Pizarro Dios interviene en otros pormenores de la historia: a Picado, el Secretario de Francisco Pizarro “los de Chile descoyuntaron a tormentos y le cortaron la caueça en el rollo de la çiudad de los Rreyes” (pág. 203) por pretender quitar riqueza a los legítimos conquistadores, y las muertes de Francisco Pizarro y Almagro se deben a un castigo de Dios por haber sido ellos crueles con indios allegados a Manco Inca (pág. 199). Dios —la Providencia— dirige y depura la historia.

Rey y Providencia forman una unidad determinante de la historia. Por un lado la Providencia determina los grandes pasos de la historia; el servicio al Rey, en cambio, permite un juego de libre albedrío que pone en diversas encrucijadas a los personajes que hacen la historia. El Rey representa a Dios y los conquistadores han venido a servirle. Los que se aparten del servicio al Rey sufrirán las penas del presente y de la historia. Y se combate al gobernante que no es legítimo, al que las crónicas llaman tirano. Atahualpa es tirano, por no ser “señor natural”. Justamente la primera mención que Pedro Pizarro hace del Inca de Cajamarca tiene como propósito establecer esta ilegitimidad: en Poechos se “tuuo noticia de la prouincia de Caxas y de la pasada de Atualpa, que yba de Quito a Caja-

marca, haziendo guerra a su hermano Guáscar, que era el señor natural que a la sazón reina en esta tierra” (pág. 25).

Vencido Atahualpa los naturales quisieron que Francisco Pizarro fuera el nuevo señor, por haber vencido a un señor ilegítimo (págs. 84 y 242). “Paresçeme a mí se ganó justamente esta tierra por ser ganada de tirano, como lo era Atabalpa”, (pág. 242). dice el cronista para terminar.

Principalmente alrededor de sus propios hechos es que Pedro Pizarro ejemplifica la obligatoriedad histórica de servir al Rey. . . y las consecuencias que esto trae. Por el Rey, luchando contra tiranos, Pedro Pizarro deja el hogar y la familia; sufre destierros, prisiones; está en peligro de muerte; por el Rey tiene que olvidar la amistad, la hermandad, los deberes a sus deudos, los Pizarro, por ejemplo; por el Rey el cronista se siente obligado a sobornar; por el Rey se comete hasta la traición. La traición la explica según el caso Centeno-Almendras (véase apéndice n. 1) inconsciente espejo en que se ve su propia “traición” a Gonzalo Pizarro. Esta traición le carcome el alma y escribe un párrafo casi conmovedor:

“Este Pedro Piçarro en esta escriptura nombrado, por seruir a Su Magestad, no aprouechando muchos ofresçimientos que al prinçipio, quando Gonçalo Piçarro se enpeçó a alterar le ofresçió que le haría su capitán y sería el más preminente en su campo, todo lo pospuso y dexó por seruir a su rrey y señor, y así Gonçalo Piçarro le tuuo para matar en la çiudad de los Rreyes, y por rruego de Caraujal, su maese de campo, / no le mató. Desterróle a los Charcas; quitó los yndios; perdió más de treinta mil pesos, y a lo último auenturó la honrra, auiendo puesto muchas vezes la vida al tablero, todo por seruir a su rrey y señor, negando su nombre y sangre” (pág. 236).

Mango Inga, por otro lado, pierde su condición de legitimidad por aliarse con Almagro, quien constantemente traiciona a Francisco Pizarro, legítimo representante del Rey; y por alzarse contra los “cristianos”. El cronista va personalmente, con Gonzalo Pizarro, a Vilcabamba a intentar desalojar a Mango Inga. Conquista, el cerco del Cuzco, y las guerras civiles son los principales hechos históricos que narra Pedro Pizarro y en todos intervino para servir al Rey y a Dios Nuestro Señor.

El providencial proceso histórico sufre otro peligro: la falta de unidad de mando, de unidad de criterio. Se sirve al Rey a través de un Gobernador o un visorrey. Cualquier desobediencia o deservicio a este representante puede traer una alteración del proceso histórico. La crónica de Pedro Pizarro está llena de traiciones, muchas de ellas abortadas, pero otras ponen a prueba la lealtad de los vasallos. Desde un principio Francisco Pizarro pidió al Consejo de Indias gobernación para él y para Almagro pero

“se le rrespondió que no auía lugar de dar gouernación a dos compañeros, a causa de que en Santa Marta se auía dado así a dos compañeros, y el uno auía muerto al otro, y pluguiera a Dios Nuestro Señor que así se guardara siempre, que después que se dió a don Diego de Almagro gouernación se mataron el uno al otro, y an çuçedido las uatallas y guerras que en este rreyno a auido” (pág. 7)

Y la crónica se llena de intentos de ruptura de la unidad de mando: Riquelme huye en los primeros pasos de la conquista (p. 20), Pedro de Alvarado intenta interferir en el camino de Pizarro; Soto se amotinó varias veces (págs. 23, 26, 27), Almagro inició un conflicto de grandes proporciones, Gonzalo Pizarro romperá con el Rey y etc. Esta falta de unidad, o traición, exaspera el cronista. Un ejemplo límite es justamente la falta de unidad que hubo entre los incas “y cierto, si la tierra no estuuiera yndiuissa, todos peresciéramos aqui” (pág. 78).

Imagen del Conquistador

Sobre estos telones históricos se dibuja la imagen del conquistador. El conquistador es un enviado de Dios, por intermedio del Rey. Sus hechos van predestinados hacia la victoria sobre tiranos e infieles. Pero las pruebas, el camino, están llenos de peligros; peligros de guerra, asechanzas, traiciones. Los que superan estos peligros, los que se mantienen fieles al Rey, serán los legítimos conquistadores. Y los legítimos conquistadores reciben inmediata compensación por sus sacrificios; si se les regatea esta compensación, si se les recorta, viene la queja, el desengaño. Y aun la rebelión de los que no saben sacrificarse hasta el final. Varios de los quejosos escriben cartas o crónicas al Rey para que este ponga las cosas en orden, para que haga justicia. Porque los conquistadores están seguros de ser legítimos dueños del Perú. La crónica de Pedro Pizarro no es sino una explicación ampliada de todo esto. Es una explicación de los conquistadores: ellos son descubridores-conquistadores-pobladores, tres sustantivos en uno. Son los que ponen su dinero y su vida, su esfuerzo; los que luchan contra la geografía y los salvajes, son los pocos que sintieron miedo y pudieron superarlo. La compensación inmediata es la tierra y sus indios esclavos, las riquezas en oro y plata, el poder. Por eso la conquista y el reparto de tierras son hechos simultáneos.

“Pues juntos los caçiques, hizo el Marqués la ynformación, y en ella halló ser cierto querer matar a los españoles y auerse juntado para el efecto, y que si no fueran sentidos lo hizieran, por lo cual condenó a muerte treze caçiques, y dándoles garrote, los quemaron; y hecho esto, el Marqués se partió para Tangaralá, adonde auía acordado poblar un pueblo, y así lo hizo, y después se pasó a Piura, donde aora está poblado, que fué el primero que en este rreyno se pobló, rrepartiendo todos los pueblos e yndios que ubo dende Túmbez hasta Piura” (p. 27).

Estos conquistadores, los antiguos, tienen jerarquía porque:

“en aquel tiempo no dauan los capitanes ni gobernadores ayuda de costa a nadie, sino cada uno pasaua a la suya, sin que nadie le ayudase, y aun pagauan los fletes a los señores de los nauíos asimismo, y no como en este tiempo, que aunque les den ayuda de costa no se disponen a yr a buscar tierras nuevas ni a las guerras” (p. 15)

Pedro Pizarro lanza quejas contra Picado porque estaba “quitando lo mejor que tenían los conquistadores y dándolo a los amigos de Picado y a los hom-

bres rrezién benidos de España”. (p. 203). Pizarro escribe el capítulo 31 para subrayar su queja. (Véase apéndice 2).

Un aspecto de la compensación inmediata que Pizarro expone con cuidado es el reparto de riquezas. Cada conquistador recibe lo justo de acuerdo con sus esfuerzos y sacrificios:

“Así que tomado el pueblo, los naturales huyeron, que muy pocos se pudieron auer, por estar este pueblo junto a muy grandes montañas muy espesas, dexando todos sus aueres y haciendas. Los españoles las rrecoxeron, y juntaron el oro y la plata, porque así estaua mandado y hordenado, so pena de la uida el que otra cosa hiziese, porque lo auían de traer a montón, para que de allí el Governador rrepartiese, dando a cada uno conforme a su persona y méritos y seruiçios” (pp. 13 y 14).

La escrupulosidad de Francisco Pizarro es extrema. El rescate de Atahualpa es exclusivamente para que los que estuvieron en la toma de la plaza y del Inca.

Descripción Funcional

Pizarro describe personajes y gentes, ciudades y caminos; incursiona en la historia inca; dice algo de la economía, de la fauna, de la flora; mas todo distorsionado por la tesis ideológica que lo dirige, todo envuelto en sus leyes históricas. Y todo lo que describe va paralelo y condicionado a los hechos de la conquista. Y entre los conquistadores él será el principal, el más elaborado, el más heroico, el más merecedor. . . Lo que describe es lo que tiene relación inmediata con el proceso de conquista y sus propósitos inmediatos. Si ve indios, por ejemplo, y describe sus vestidos es porque está buscando el oro en los cintos:

“Esta gente de esta isla y los de Puerto Viexo y Túmbez traen un traxe que es unos çedaçillos en las caueças; los principais y yndios de caudal traen unos çintos, texidos de chaquira de oro y plata, de anchor de quatro dedos y más, çeñidos a rraíz de las carnes, junto a las caderas, que les çifne todo el cuerpo; traen la bestidura ençima que lo tapa; las mugeres traen lo mesmo algunas, y las mugeres asimismo lo traen en las muñecas de los braços y en las piernas, arriua de los tobillos” (pp. 18 y 19).

Esta descripción se completa con alimentos que tienen; con su actitud guerrera y sus armas; y remata con una breve descripción moral (“eran xenta çuzia en el pecado nefando”) e indicación de sus dioses idólatras. Lo que ve es oro que decide el pillaje; la posibilidad de forraje; cálculo de guerra, y justificación de la matanza porque el pecado nefando y las idolatrías dan un sentido de lucha moral a la conquista. Y si describe “unas puentes hechas de unas criznexas anchas” con minuciosidad es porque “Teníanlas hechas de tal manera y tan fuertes, que pasauan muy bien los caualllos por ellas y gente” (p. 180).

Podría parecer a veces que ciertas descripciones del Perú lo entusiasman pero esta soltura de entusiasmo es cortada después, o es restringida, o la contradice. Así, en alguna parte describe las siembras del Collao, sus pastos y ganados,

sus perdices y patos, el chaco que tanta admiración causó a los españoles. Son cuatro hermosos párrafos de agricultura y vida comunal. Pero es mucho para su tesis de negación de la cultura india. Por eso remata así esta hermosa descripción:

“Estos yndios de estas prouinçias del Collao es gente çuçia; tocan en muchos pecados abominables; andauan muchos varones en ábito de mugeres/ usando mal y en muchas ydolatrías” (p. 111)

Y la belleza de los indios se define por una mayor cercanía al color de los españoles. Y a mayor posición social de los indios tanto más blancos (pág. 241). Y de las indias comunes “las más hermosas y pulidas” eran las huancas, chachapoyas y cañares, justamente las de las tribus aliadas de los españoles (pág. 240).

Pizarro describe los indios individualizados, los indios notables, con el sistema tradicional de la oposición: Pizarro opuesto a Atahualpa o Pizarro opuesto a Calcuchimac. Esta manera de comparar es proverbial en las primeras crónicas peruanas. Pero es citable en Pedro Pizarro el “yo vide llorar al Marqués de pesar por no poder dalle la vida” (p. 63) que se opone a un Atahualpa que finje llorar después de haber dado la orden de matar a su hermano Guáscar (p. 42). Pizarro siempre bondadoso y justo con los suyos se opone al Atahualpa que aconseja al conquistador matar indios para poderse servir de ellos. Y todo el capítulo 13 se estructura a base de la oposición entre el Marqués —fundador de ciudades— y Chalicuchima —crudelísimo— que es la oposición entre la civilización y la barbarie. Y, por supuesto, es una estructuración no consciente pero igualmente efectiva.

Su ideología también se impone en la descripción del Cuzco, ciudad de la que oyó desde Tumbes —si no antes— por la atracción del oro. La expectativa y el verla ya, refulgente de oro y solidez, causó admiración en los conquistadores. Pero Pedro Pizarro corta cualquier conato de admiración en las primeras dos líneas de su capítulo dedicado al Cuzco: “Hera ver la xente que en este Cuzco auía, que ponía admiración; toda la más della seruía a estos muertos que tengo dicho” (p. 89). De esta tesis se desgana las corrupciones de las mujeres del sol, que fingían virginidad, hasta los accesos carnales que los orejones tenían con sus madres y hermanas, el remate del capítulo. Estos vicios exigían como complemento un agobiante y ordenado sistema tributario; del Cuzco se irradiaba el trabajo del Imperio pero la razón la explica el cronista:

“Dezían estos señores de esta tierra que los naturales della los hazían trauajar siempre porque así conbenía, porque eran haraganes y bellacos y holgazanes, y que haziéndoles trauajar bibían sanos” (p. 105).

Y el oro que ve en el Cuzco le sirve para explicar la crueldad con que los incas lo ocultaron de los españoles. En fin: la tesis de este capítulo se resume así: El Cuzco era el centro organizado de la corrupción y crueldad incaicas. Y en el capítulo diez hace una breve y oscura historia del Imperio Incaico. De Huáscar y Atahualpa dice que sus nombres no eran “de su alcuña, sino que el uno al otro

se los pusieron por ygnominia”. Y Guayna Cápac lo describe con una vulgar ironía salida de la soldadesca española:

“Dizen los yndios que hera muy amigo de los proues y que mandaua que tuuiesen espeçial cuydado dellos en toda su tierra. Dizen hera muy afable con los suyos y graue. Dizen que beuía mucho más que tres yndios juntos y que xamás le bían borracho; y que preguntándole sus capitanes e yndios preñçipales que cómo beuiendo tanto no se enborrachaua, dizen que dezía que beuía por los proues quel muchos sustentaua” (p. 49).

¿Qué queda, pues, de historia? ¿Por qué se salva la crónica?

Cada época escribe la historia de acuerdo con sus prejuicios o de acuerdo con su ideología. Y dentro de cada época diferentes sectores ideológicos se expresan diferentes puntos de vista. Al siglo XX, y para un sector, Pedro Pizarro es un cronista negativo. Degradar a los indios y a los Incas, y enaltecer el pillaje y el genocidio que ejercían los españoles, no merecen nuestra admiración. Muchos lo estiman pero son aquellos que ideológicamente están identificados con él. Su visión del Perú y de los hechos está en los inicios de toda una manera de ver la historia que avalan, por ejemplo, los que siempre depredan el país. Y en este sentido sí tiene el cronista plena validez histórica en un sector de nuestro mundo. Por ser quien es y por ser como es, Pedro Pizarro se constituye en paradigma de un primer dueño del Perú aun si destronado, por el gobierno peninsular, al momento de escribir. Las aventuras que Pizarro narra, todo lo que describe, la relación que va haciendo de los personajes hasta quedar él como legítimo y casi único heredero de los conquistadores, diseña toda una exposición de razones que cada conquistador en cada época, a su manera, modificará para crear merecer las riquezas del país. Parecería que en un momento Garcilaso, mestizo, hijo de conquistador y de noble palla, es el legítimo dueño del Perú, él y sus congéneres. Guamán Poma y Titu Cusi --indios nobles-- quisieron compartir el poder con los conquistadores. Gonzalo Pizarro, la beligerante y hasta la muerte bandera de independencia, es una variante de lo expresado por Pedro Pizarro. Y así sucesivamente.

En el sentido de aclarar la mentalidad del poder la crónica es válida. Y es válida también por los datos que da y que pueden servir para una historia objetiva de la conquista: algunas emociones del cerco del Cuzco; la táctica de guerra india, su aprendizaje en la anulación de los terribles caballos; está clara la crueldad de guerra española; está claro el sentido económico la conquista entre los soldados, y está claro que no hay sentido ni propósito religioso o cultural en la conquista.

Lo que importa anotar es que el mensaje de la crónica --a diferencia del mensaje del frío historiador-- tiene ventajas para convencer debido principalmente a los recursos literarios que la engalanan. En primer lugar, la emoción que pone el cronista. Es su vida la que ha estado en juego en un mundo heroico. Verdad o no, Pizarro nos lleva a sus servicios de armas, a sus guardias incansables, a sus difíciles misiones especiales, a su singular habilidad para matar indios. Su crónica

es la emoción que se canaliza en la autobiografía. El fue de “la flor de la gente” apercebida para romper el cerco del Cuzco e ir a avisar al Marqués (p. 143). Porque era “de los buenos Picarros de Extremadura” “hombre en la guerra muy buen hombre a caualllo” (p. 153). Y por cierto, la primera persona singular y plural le sirve para estar presente en toda la historia. Esto “vide yo”; esto otro “yo vide y lo oy”; en tal hecho importante estaba “yo presente”, “oy a Atahualpa” decir tal confidencia. . . y “matáronnos un caualllo y hiriéronnos algunos españoles” (p. 147) y a veces, por rubor, se quiebra a la tercera persona: “Miguel Cornexo y Pedro Piçarro quedaron los postreros” (p. 149).

Fábulas y Diálogos

Así, pues, Pizarro explaya su historia con aventuras personales, con fábulas, cuentos o leyendas que recoge o se inventa y con diálogos llenos de colorido. El hecho que considera importante, que más lo conmueve, lleva en el diálogo y la fábula su mejor expresión. Y los cuentos y diálogos adquieren mayor vivacidad en temas que expresan su ideología. O dicho al revés: su ideología mejor la expresa con cuentos y fábulas que con fríos datos de la historia. El afán de riqueza, el oro, le proporcionan más de 10 cuentos: las esmeraldas que se creían falsas pero que un fraile. . . (p. 14), los tablonos de plata que encuentra, los cántaros y planchas de oro (p. 18); el oro por el cual Mango Ynga induce a Almagro al crimen; el que engaña a Hernando Pizarro y permite el levantamiento del Inca; las hechicerías y eclipses que se producen por el oro oculto y otros ya mencionados; y el hermoso cuento con diálogo que expone la tesis básica del poblador (apéndice 3).

Otra serie de anécdotas y cuentos, los que tienen más invectivas, corresponden a las crueldades de Atahualpa. No hay diálogo más zarandeado en la literatura peruana que el que se llevó a cabo entre Atahualpa y Valverde a través del traductor Felipillo. Cada cronista, testigo o no, da su versión pero marcando siempre bondad y dulzura cristiana en el conquistador y desprecio y arrogancia en el Inca. Además, legalmente, la existencia del diálogo indicaba que se estaba cumpliendo con el famoso requerimiento. Pedro Pizarro pone en boca de Atahualpa las palabras “bellaco” y “ladrones” pero más abunda entre los cronistas la amenaza de Atahualpa de exigirles la devolución de todo lo robado, seguramente el castigo que más temían los conquistadores. El episodio siguiente, el de la biblia arrojada por los suelos, enciende con más viveza el fervor religioso de los cronistas. Ruiz de Arce recuerda que Valverde lloró y Estete afirma que el cura absuelve a Pizarro si éste ataca al Inca inmediatamente. Garcilaso, por supuesto, no culpa a nadie: pone entre Atahualpa y Valverde extensos cambios de ideas de carácter religioso; al fin fue el diablo y la mala traducción de Felipillo los que causaron la incomprensión y la matanza de Cajamarca. Una vez más los diálogos y fábulas se han inventado para ejemplificar las tesis. En Pedro Pizarro los cuentos más emotivos son los que resaltan la bondad del Marqués. La muerte de Pizarro está narrada incluso con premoniciones y hechicerías. Con un cuento-diálogo

go de antología expresa el tema-tesis de la traición que tanto acecha al conquistador: por el Rey hasta la más alta traición se comete (apéndice 1).

Los diálogos —que hacen tan viva la historia del cronista— llenos de invención, y omnisciencia, son más de treinta en Pizarro y se pueden clasificar de acuerdo con sus tesis más sentidas. Los más, por supuesto, se han inventado para incriminar a Atahualpa, para exponer su “cinismo”, “crueldad” y el rechazo a sus propias dioses. E igual en cantidad son los diálogos que inventa para expresar las crueldades de los indios, de sus dioses y demonios. Vienen después, en cantidad decreciente, los diálogos sobre Francisco Pizarro, sobre Almagro (en contra de él-opuesto al Gobernador) y sobre Hernando Pizarro. Otras series corresponden al modo en que se sirve al Rey, el modo en que se es poblador, el rescate, etc. Los diálogos y las fábulas, en todos estos casos, ciertamente están para ilustrar la tesis del cronista, su ideología, sus prejuicios. A veces el severo historiador cree que estos diálogos y cuentos son producto de la historia. Al contrario: los diálogos y cuentos de los cronistas se inventan para hacer historia. El lector sabrá discriminar detrás de la fábula pero siempre quedará prisionero de lo que quiere creer, y quedará herido por la emoción biográfica que el cronista pone; quizás, incluso, convencido.

Apéndice 1

Pues uolviendo a Almendras, que estaua en la villa de La Plata, a Centeno le pareció uoluer la hoja y seruir a Su Magestad, y tratándolo con los que estáuamos desterrados, y por cartas con Lope de Mendoça, y teniendo conçertado que prendiésemos a Almendras y alçásemos bandera por Su Magestad, para mejor podello hazer rrogó al Almendras alçase el destierro a Mendoça y a los demás, y alcançada / liçençia y benidos éstos, una mañana Centeno, con algunos de nosotros, se fué a la posada de Almendras antes que estuuiese leuantado, y entró diciéndole: “—Nuevas tenemos de Gonçalo Piçarro”. El Almendras le dixo: “—¿Son buenas, hermano?”, porque así se llamauan ellos, que eran muy grandes amigos, porque antes que Centeno tuuiese yndios, Almendras le hauía tenido en su casa y hecho muy buenas obras, porque el Almendras era conquistador. Pues llegóse Centeno a la cama donde Almendras estaua, fingiendo que le lleuaua una carta, y abraçóse con él, y díxole: “— ¡Sed preso!”, y Almendras dixo: “—¿Por quién?”. Centeno le rrespondió: “—Por el rrey”; dixo pues Almendras: “—¿A mí hermano? ¿Dónde está nuestra amistad?”; llegaron pues los demás que con Centeno yban y prendiéronle y lleuáronle preso a la posada de Centeno, y allí le cortó la caueça, y a otro de la parte de Gonçalo Piçarro. (p. 227)

Apéndice 2

Capítulo treinta y uno. *De lo que hizo el Presidente Gasca después de la muerte de Gonçalo Piçarro y sus capitanes.*

Acauada la guerra de Gonçalo Piçarro, el Presidente Gasca rrepartió la tierra, digo lo que en ella auía vaco, dando a los que auían / sido tiranos y alçado a Gonçalo Piçarro y segúidole, lo mejor. De aquí se a causado auer en este rreyno tantos pretensores sin méritos, porque, como uieron dar lo mejor a los que les bastaua perdonalles sus delictos, de aquí an tomado ocasión de pedir y pretender los que les bastaua y sobraua por galardón estar en este rreyno y no echalles dél. (p. 233).

Apéndice 3

Pues ynuio Almagro a un Ruy Díaz a Mango Ynga por mensaxero, rrogándole saliese de paz, pues hera su amigo. Llegado pues Ruy Díaz adonde Mango Ynga estaua, le rresçiuíó muy bien, y preguntándole por Almagro y su xente y otras cosas, le tuuo así consigo dos días, y al terçero le hiço una pregunta –según el Ruy Díaz contaua–, que le dixo: “–Dime, Ruy Díaz: si yo diese al rrey muy gran tesoro, ¿echaría todos los xptianos de este rreyno?”. El Ruy Díaz le rrespondió: “–¿Qué tanto darías, Ynga?”. Dixo el Ruy Díaz que auía mandado traer el Mango Ynga / una hanega de maíz, y hízola echar en el suelo, y de aquél montón tomó un grano, y dixo: “–Tanto como este grano auéis hallado los xptianos de plata y oro: en comparación, queda que no auéis hallado tanto como esta hanega de maíz significa más que este grano que saco della”. (pp. 156-157)